

Visita a Galdós

La cita era antes de la una de la tarde. La mañana madrueña de principios de enero escapa todavía otoñal, límbica, a un que nebuloso, porque e invierno no quería tampoco perder su autoridad y su vigencia. Por el Retiro, hasta el Palacio de Cristal, e. cronista fué caminando. El estanque estaba con e agua indispensable para que los peces pudiesen seguir viviendo y la superficie de plantas acuáticas tenía todo el aspecto de un paisaje abandonado, de un romántico paraíso con lontananza de sauces y eucaliptos. Sobre la baranda, las niñas y los chicos estaban casi de bruce, ocupándose de descubrir los paquetes de cigarrillos, las latas de conservas, los papeles de periódicos y demás cosas y objetos que las aguas bajas mostraban sin reparos. También arrimada a la baranda estaba la pequeña terraza donde se sirven los refrescos. Las sillas pintadas de blanco, mirando al estanque, tienen nostalgia de playas que no han conocido, donde los bañistas toman el sol con e. albornoz sobre los hombros o donde se sientan las señoras gordas que van a charlar porque la canción de la juventud ya les ha pasado.

El cronista siguió caminando sin pesa, como un empleado cesante de los que ya no quedan. El paseo de Coches, magnífico, casi solitario. Los pátanos, los robles y los castaños, desprovistos de hojas, tenían un aspecto casi espiritual. Su conjunto dorado, suave, se fundía enre la niebla que aún dejaba entrever el cielo azul.

Un guardabosques echaba sobre el cuenco de la mano tabaco para liar un pitillo.

—Pérez Galdós estará por aquí?—preguntó el cronista.

—No, señor. Don Benito está junto a la Rosaleda.

—Muchas gracias y buenos días.

—No hay por que darlas; vaya usted con Dios.

El cronista siguió caminando. Miró el reloj: las doce en punto de la mañana. Don Benito debía estar por allí cerca. Don Benito, al parecer, está siempre dispuesto para las visitas, pero en invierno manda cerrar las puertas a la caída de la tarde.

Entre los árboles asoma su cabeza; hemos llegado. Pero antes de acercarnos apretaremos el nudo de la corbata, sacaremos los puños de la camisa, haremos un carraspeo de garganta para que la voz, posiblemente emocionada, no nos deje en ridículo.

—Buenos días, Maestro.

Don Benito, que estaba dormi-

tando, con sus ojos de miope oculitos bajo los párpados, las manos enlazadas, la manta ceñida a las piernas, se incorporó un momento.

—Buenos días; ¿quién es usted?

—Un joven cronista, Maestro.

—¡Ya, ya...! Perdóneme que le haga esta pregunta, pero es que hace años que he perdido la vista.

—Lo sé, Maestro.

—Cuénteme, cuénteme. ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Venía a saludarle, Maestro.

—¡Qué raro: nadie viene a visitarme desde hace tiempo como no sean turistas extranjeros. Hace años veía con cierta frecuencia a Pío Baroja, pero hace como diez años que no le veo. El pasaba y me miraba con desprecio. Es un ególatra que se ha dedicado a hablar mal de mí en cuanto desaparecí de la vida literaria.

—¿No le apece volver a ella?

—Primero al Infierno. Creo que ahora se han establecido muchos premios literarios y que los hombres ya no tienen apenas que ver con la literatura. En mis tiempos, doña Emilia era la única mujer que escribía y por sólo eso recibió muchos reproches. Los tiempos cambian. Las mujeres parecen que se divierten escribiendo novelas para desentenderse de la vida doméstica. No sé si por este motivo mis libros se venden cada vez menos. Quizá la moda sea ahora leer novelas de mujeres.

—No lo crea usted, Maestro.

—Aunque se vendiera, la literatura actual sigue siendo un oficio miserable. Se paga algo más que en mis tiempos, pero es igual: no se puede vivir y no hay, por otro lado, sosiego posible. El otro día un joven decía que en España no había novelistas a no ser él. ¡Qué cosa tan estúpida! Yo, cuando tenía ya muchos libros escritos, fui famoso y pobre; el tiempo pasa y lo borra todo. Sólo se ha salvado del olvido mi "Fortunata y Jacinta" y algunos "Episodios Nacionales". Lo demás se lo llevó el diablo; de mi teatro ya nadie se acuerda; es igual que si no lo hubiese escrito. Ese joven, según dice, tiene sólo tres o cuatro novelas que se parecen a las cosas que escribía Solana. ¡La juventud es una deliciosa enfermedad de ilusión!

—Observo, Maestro, que no tiene usted las gafas que siempre he visto en sus fotografías, ni el pañuelo blanco de seda anudado al cuello.

—Ya no me hacen falta. Estoy aquí, con las manos cruzadas, dejando pasar los años delante de mí. Llevo ya veinticuatro desde que me sentó aquí Victorio Ma-

cho, y créame usted que no me apece levantarme. Las calles que yo pasé, según me dijo una tarde mi amigo González-Ruano, ya no vale la pena pasearlas. El, según parece, las pasea, evocando mi obra. Es muy amable; dice también que ve mi sombra como un fantasma que se pasease solitario por los viejos barrios. Le agradezco el recuerdo, pero no volveré más a esas calles, donde han establecido, según dicen, cafeterías y bares en donde había tabernas. Si volviera me moriría de sentimiento: taxis, mujeres sin mantón, hombres sin sombrero, cafés sin divanes...

—¿Y no se aburre aquí en invierno?

—No; es cuando más me divierto. El campo hay que verlo en invierno, como el circo por las mañanas, cuando no hay función. Es más emolivo y tiene a esa hora muchos secretos a la vista del espectador curioso, que a otras horas están ocultos. Por las mañanas, cuando sale este sol amable de invierno, vienen a sentarse a esos bancos los mendigos. Yo les veo, pero ellos no se fijan en mí. Se pasan las horas entreteñidos; buscan minuciosamente lo único que la Naturaleza les ha prodigado. También vienen los niños tontos con las amas de cría y los viejos que no quieren olvidarse de andar.

—No está mal; volveré otro día a visitarle, Maestro.

—Antes de marcharse... escahe: Es una pena que los escritores actuales se desprestigien hablando mal unos de otros. No hay compañero. Se gana poco, se lucha mucho, porque se muere uno de viejo luchando con la misma urgencia que a los veinte años. Hacer un nombre cuesta muchas fatigas... Es lo único que tiene e escritor: eso, el prestigio, la pequeña ilusión, la vanidad... Todo es licito. Lo que es vergonzoso, terrible, cruel... Incalificable, es que los desgarros y los navajazos tengan lugar siempre entre compañeros. Los escritores somos unos condenados; debían de desterrarnos a todos.

—Adiós, Maestro; puede que lleve usted razón.

—Adiós, joven. Si ve usted a Baroja, saludéle en mi nombre; ya ve usted que no soy rencoroso... Y, ahora que recuerdo... ¡Baroja se ha casado, por fin, con alguna marquesa?

—No, Maestro; está soltero.

—Es en lo único que hemos coincidido; sólo que a mí me dieron calabazas las planchadoras y a él las marquesas otoñales.

Marino GOMEZ-SANTOS